

CRISIS, MARXISMO Y ECONOMIA DE MERCADO

Por Enrique M. UREÑA*

La Nueva Economía señala que una de las raíces más profundas de los males del capitalismo contemporáneo está en la influencia que han tenido las ideas marxistas tanto en la teoría como en la política económica de los países occidentales.

Aunque *El Capital* apenas encontró eco en vida de Marx, a pesar de los grandes esfuerzos de su autor por propagar su obra y suscitar comentarios en torno a ella (1), no tardó ciertamente mucho en convertirse en centro de una amplísima polémica que abarcó distintas disciplinas, más filosóficas y sociopolíticas unas, más directamente económicas las otras. La defensa y el ataque radical contra un sistema de convivencia social estaban en juego. En el terreno económico, el marxismo se entendía a sí mismo como el juez hábil y certero que descubría y denunciaba los crímenes palpables de un capitalismo sentado en el banquillo de los acusados.

La gran crisis de 1929, y la depresión que la siguió, fue vivida por muchos como un auténtico espaldarazo a la crítica económica que Marx hiciera del capitalismo. La gran depresión de los años treinta, observan Gamble y Walton, "parecía justificar por completo el análisis marxista del capitalismo, y el marxismo atrajo así multitud de nuevos conversos... Los marxistas habían predicho que el capitalismo intensificaría sus crisis periódicas a medida que se fuese desarrollando, hasta que una catástrofe económica final causara la crisis universal: una crisis no meramente económica sino de todos los sectores de la sociedad, de todo el sistema social. Esta hora final parecía haber llegado ya en los años treinta" (2).

Sin embargo esa hora final no había llegado. El largo y estable auge económico de las dos décadas que siguieron a la segunda guerra mundial parecía constituir por el contrario el mentís histórico más rotundo a las sombrías predicciones de Marx sobre el futuro de la sociedad capitalista. Por otro lado, el Stalinismo había desprestigiado la imagen de la alternativa socialista. Keynes parecía haber enterrado a Marx para siempre. Dentro del mismo campo marxista el análisis económico del Marx maduro perdió rele-

* Doctor en Economía, Filosofía y Teología. Profesor Agregado de la Universidad de Comillas.

(1) Enrique M. Ureña, "Marx and Darwin", *History of Political Economy*, Vol. 9, N° 4 (Winter 1977), pp. 556-559.

(2) A. Gamble, P. Walton, *Capitalism in crisis*, Londres 1976, p. 78 s.

ENRIQUE M. UREÑA

vancia frente a los aspectos más humanistas del Marx joven, y la categoría de "alienación" destronó a las categorías de "plusvalía" y "crisis". Avineri podía escribir todavía en 1968: "Si hace cuarente años la más popular de las categorías de Marx era 'surplusvalue', la más popular hoy es 'alienation'" (3). Algunos marxistas como señalan Gamble y Walton en la obra ya citada, abandonaron incluso el marxismo, abrazando el Keynesianismo y hundiéndose en las neblinas de la socialdemocracia (4).

Pero ya alrededor del cambio de década de los cincuenta/ sesenta, y sobre todo, en los últimos años de la década de los sesenta, pueden percibirse claramente síntomas de pesimismo respecto a los logros del largo período de crecimiento y estabilidad económicas. Mayo del 68 fue quizás uno de los más espectaculares. La crisis que estalla en 1973 vuelve a consolidar las resquebrajadas bases del marxismo, y hace que muchas cabezas se pregunten de nuevo si Marx no tendría razón al fin y al cabo en su crítica a la sociedad capitalista. El interés por esa última experimentó un nuevo impulso, a la vez que el "boom" del Eurocomunismo ofrecía como alternativa, al ciudadano europeo desencantado, un marxismo de rostro humano y democrático capaz de superar las contradicciones y la represión política de los socialismos actualmente existentes. La teoría de la plusvalía o de la explotación capitalista volvió a revivir, si bien un tanto disfrazada, vistiendo ropas nuevas: en los países desarrollados tomó la forma de una **crítica a la sociedad de consumo**; en los países subdesarrollados adquirió la forma de una nueva **teoría de la dependencia**. Vamos a detenernos brevemente en la consideración de ambas.

Según la teoría clásica, vigente hasta hoy entre los economistas occidentales, los consumidores expresan libremente en el mercado sus gustos y necesidades, mientras que los empresarios, a través del mecanismo económico de la búsqueda del beneficio, producen aquellos bienes correspondientes a esas necesidades y a esos gustos. Los consumidores son en definitiva quienes deciden qué y cuánto producir: "el mercado funciona gracias a que proporciona una estructura en la que los individuos que simplemente aspiran a hacer dinero, acaban produciendo los automóviles que la gente quiere" (5). De aquí se deriva el conocido principio de la **soberanía del consumidor** en una economía de mercado libre y competitivo.

La teoría marxiana de la plusvalía critica este concepto último, tachándolo de ideológico y encubridor de la realidad: los trabajadores asalariados, que constituyen la mayoría de la población, tienen ya de antemano recortada su capacidad "soberana" para expresar y hacer valer sus necesidades y sus gustos en el mercado, debido a la recepción por su trabajo de un salario mínimo de explotación.

En las actuales sociedades capitalistas desarrolladas esta formulación de la teoría de la explotación no se adecúa ya a la realidad. Los asalariados han ido adquiriendo, con el desarrollo capitalista, alzas sucesivas y muy significativas de su capacidad de compra. El concepto de "clase asalariada" no puede emplearse hoy en las sociedades desarrolladas como se empleaba en el siglo diecinueve. Pues bien, la crítica al consumismo ca-

(3) Véase Enrique M. Ureña, *Karl Marx economista*, Madrid, Tecnos, 1977, p. 15.

(4) A. Gamble, P. Walton, o. c., p. 85.

(5) G. Tullock, *Los motivos del voto*, Madrid, Espasa Calpe, 1979, p. 40.

pitalista recoge precisamente esta nueva realidad del capitalismo avanzado y reformula con ella la teoría de la explotación: como la plusvalía no sólo ha de producirse, sino que ha de venderse incorporada en las mercancías para materializarse en dinero (6), la nueva y sofisticada manera de explotación capitalista consistiría ahora en la creación artificial de necesidades irracionales de consumo en las grandes masas, que sigan impulsando una expansión continua de la producción.

Es decir: el alza en los niveles de consumo de las clases trabajadoras (y no sólo de ellas), tal y como está teniendo lugar en los países capitalistas avanzados, no obedecería a su voluntad soberana y libre, sino que sería resultado de la necesidad objetiva del sistema capitalista de producir y realizar en la venta cantidades siempre crecientes de plusvalía. Siguiendo una acertada formulación de J. J. Rosa, esta crítica "no hace en definitiva sino modernizar, endulzándolo, el análisis marxista de la plusvalía. Pero en vez de centrar el ataque en la remuneración del trabajo, lo desplaza hacia el estímulo de las ventas" (7).

La crítica al consumismo, que es ya un tópico en la misma conversación cotidiana, ha sido elaborada tanto por economistas como por sociólogos. Galbraith y Mishan podrían ser considerados como clásicos entre los primeros, mientras que Marcuse, el gran ídolo del mayo francés del 68, y Habermas, constituyen en mi opinión exponentes muy relevantes entre los segundos.

G. A. Cohen ha sintetizado con claridad y precisión, en un artículo el fondo marxista de la crítica a la sociedad de consumo, iniciada de una manera relevante por Galbraith y Mishan. El desarrollo de las fuerzas productivas, nos dice Cohen, está abierto a dos usos: reducción del tiempo de trabajo y expansión del ocio, por un lado, y mantenimiento del tiempo de trabajo y expansión de la producción, por otro lado, aunque se dé evidentemente una combinación de ambos (lo relevante es la intensidad del acento en uno u otro uso). En las sociedades capitalistas la dinámica objetiva de obtención del beneficio lleva ineludiblemente a una expansión continua y creciente de la producción, promoviendo así fundamentalmente la segunda opción apuntada e impidiendo el uso del desarrollo de las fuerzas productivas para reducir preferentemente la carga del trabajo e incrementar el tiempo de ocio (8).

Ahora bien, continúa Cohen, "la consecuencia de un output creciente, que el capitalismo favorece necesariamente, es un consumo creciente. De aquí que la persecución insaciable de bienes de consumo sea un resultado de un proceso productivo orientado al valor de cambio más bien que a los valores de consumo. Son los Rockefeller quienes aseguran que los Smiths necesitan estar a la altura de los Joneses" (9). Esta tendencia, racional y liberadora para el hombre cuando las fuerzas productivas todavía se habían desarrollado muy poco, se convierte en irracional y opresora de

(6) Véase mi *Karl Marx economista*, o. c., pp. 119 s., 123, 152 s.

(7) J. J. Rosa, "Vrais et faux besoins", J. J. Rosa, F. Aftalion (eds.), *L'économique retrouvée*, Paris 1977, p. 156 s.

(8) G. A. Cohen, "Labour, Leisure and a Distinctive Contradiction of Advanced Capitalism", G. Dworkin (ed.), *Markets and Morals*, Londres 1977, p. 118.

(9) *Ibid.*, P. 119.

ENRIQUE M. UREÑA

los individuos una vez que se ha alcanzado un nivel suficiente de ese desarrollo: ésta constituye para Cohen "la contradicción específica del capitalismo avanzado" (10).

Finalmente Cohen subraya, en perfecta armonía con el pensamiento marxista, que, mientras que la fiebre consumista es un producto necesario de la forma capitalista de producción, la fiebre produccionista de los actuales países socialistas se debe a causas puramente circunstanciales y accidentales. Es decir: que sólo una sociedad socialista verdadera podría evitar la irracionalidad consumista y opresora (11).

Para los autores de la Escuela de Frankfurt, los individuos que viven en las sociedades capitalistas avanzadas se han convertido en servidores y esclavos del crecimiento económico "irracional y opresor" de un sistema orientado a la producción de plusvalía. Los intereses autoperpetuativos del sistema capitalista se internalizan subjetivamente en ellos para seguir manteniendo ese sistema a través de un consumismo creciente. Si Habermas es quien ha elaborado esta crítica de una manera más sutil, como parte integrante de un proyecto teórico mucho más amplio (12), Marcuse es quien nos ofrece los textos más crudos a este respecto: la nueva sociedad capitalista ha logrado "que las necesidades de los individuos sean precisamente aquellas que consolidan y eternizan el sistema" (13); la propaganda dirigida consigue hacer ver "claridad allí donde reinan las más oscuras tinieblas" (14); la sociedad capitalista de consumo ha conseguido que "los hombres puedan sentirse felices, aunque en realidad no lo son" (15); "la conciencia inauténtica ha pasado a hacerse conciencia general" en esas sociedades (16). Finalmente, aunque repudien abiertamente los socialismos existentes, los sociólogos francfortenses creen también que sólo una economía socialista, orientada a los valores de uso y liberada de las lacras de los actuales países del Este, podría ser compatible con una sociedad verdaderamente humanizada.

Bajo el título genérico de **teoría de la dependencia** o del **capitalismo periférico** se agrupan un buen número de autores. Baran, Sweezy y Magdoff destacan entre los de habla inglesa. Samir Amin, Palloix y Jalée, entre los francófonos. A. G. Frank, O. Sunkel, Celso Furtado, F. H. Cardoso y Theotonio dos Santos, entre los latinoamericanos. Nosotros vamos a fijarnos ahora en estos últimos.

La teoría latinoamericana de la dependencia alcanza su mayor florecimiento alrededor del cambio de década de los sesenta/setenta como enfrentamiento crítico a la **teoría desarrollista**. Tras la segunda guerra mundial la Comisión económica para América Latina (CEPAL) de las Naciones Unidas alentó una visión optimista respecto del futuro socioeconómico del

(10) Ibid., p. 119 s.

(11) Ibid., pp. 125-129.

(12) Véase Enrique M. Ureña, *La Teoría crítica de la Sociedad de Habermas*, Madrid, Tecnos, 1978.

(13) H. Marcuse, *Kultur und Gesellschaft 2*, Frankfurt 1965, p. 158.

(14) H. Marcuse, u. a., *Aggression und Anpassung in der Industriegesellschaft*, Frankfurt 1968, p. 12.

(15) H. Marcuse, *Kultur und Gesellschaft 2*, O.c., p. 90.

(16) H. Marcuse, "Repressive Toleranz", R.P. Wolff, u.a., *Kritik der repressiven Toleranz*, Frankfurt 1966, p. 21.

subcontinente. Era la época brillante del auge y de la estabilidad en los países capitalistas de primera fila. El subdesarrollo de los países latinoamericanos parecía en esa visión como algo transitorio y similar a la situación preindustrial de los actuales países desarrollados, subdesarrollo que se superaría por tanto a través de cauces semejantes a los seguidos por estos últimos países en el pasado: se trataría de impulsar un proceso de industrialización y ampliación del mercado interno, que desembocase en el establecimiento de nuevas sociedades desarrolladas de consumo. El estado de algunos países más favorecidos como Méjico, Argentina, Brasil, Colombia y Chile, parecía avalar las esperanzas de este enfoque desarrollista.

Sin embargo, la situación latinoamericana en la segunda mitad de los sesenta proporcionaba un mentís histórico a las previsiones desarrollistas. Y es entonces cuando salta a escena con fuerza la teoría de la dependencia en Latinoamérica.

La teoría latinoamericana de la dependencia critica al **desarrollismo** como ingenuo, ahistórico y carente de base empírica y científica; como apoyado fundamentalmente en una especulación abstracta sobre una historia concebida como progreso y "etapista". Según el nuevo enfoque dependientista —y esto podría ser considerado como su tesis más general— el subdesarrollo de los países tercermundistas, dentro de la órbita capitalista, **es reproducido estructuralmente por el mismo desarrollo de los países avanzados**, es decir, es un **subproducto necesario** del creciente desarrollo capitalista de estos últimos. Por lo tanto, los países subdesarrollados (al menos en su mayoría) sólo podrían salir de su subdesarrollo **si lo grasen desgajarse de la actual estructura del capitalismo mundial**.

Dentro de esta tesis general y central, los diversos autores de la teoría latinoamericana de la dependencia se diferencian entre sí en no pocos aspectos: en la radicalidad con la que defienden la imposibilidad de un auténtico desarrollo de la periferia del capitalismo mundial; en la postura que adoptan frente al socialismo como solución para salir del subdesarrollo; en la importancia relativa que dan a los factores exógenos y endógenos de las economías subdesarrolladas latinoamericanas; en la forma en la que incorporan (o no incorporan) el análisis del papel del Estado, de las clases dirigentes y de la burguesía en los países periféricos; y en otras cuestiones que todavía se podrían enumerar. Nosotros prescindimos aquí de todas estas diferencias (17) para subrayar algo que es común a todos ellos: su substrato marxista.

El enunciado de la tesis central de las teorías de la dependencia, que hicimos dos párrafos más arriba, mostraba ya a todas luces ese substrato. Voy a reproducir ahora un texto de Dieter Senghaas, sacado de su introducción a una selecta colección de artículos de las más relevantes figuras del dependientismo mundial, que resumen perfectamente el carácter marxista de estas concepciones: "Las relaciones entre las metrópolis capitalistas y sus periferias están configuradas de tal manera que los centros dominantes resultan **sistemáticamente** ventajosos, mientras que las periferias domina-

(17) Puede verse el apretado resumen de Rafael de Juan, "El concepto de la dependencia económica y su futuro", *Información Comercial Española*, agosto-setiembre 1980, pp. 137-146.

ENRIQUE M. UREÑA

das y dependientes salen **sistemáticamente** perjudicadas... El análisis ha de señalar y poner de manifiesto el **carácter de totalidad y de sistema globalizante** que revisten las relaciones asimétricamente estructuradas entre las metrópolis y las periferias, es decir, la estructura de poder de la economía internacional, tal como ésta se ha ido configurando históricamente. Esta estructura fuerza **sistemática y necesariamente** un enriquecimiento acumulativo de uno de los polos, el polo de las metrópolis, y una pauperización relativa e incluso absoluta del otro polo, de las periferias" (18).

Las nuevas teorías de la dependencia vienen así a ser las herederas de la teoría imperialista de Lenin, que, como recuerda Cardoso en un artículo en el que comenta precisamente esta herencia, había subrayado ya "cómo la reproducción y el agudizamiento de la desigualdad entre las economías nacionales desarrolladas y dependientes era un subproducto del mismo proceso de crecimiento capitalista" (19). Sólo que mientras que Lenin hizo su análisis desde el centro, los nuevos dependentistas lo hacen fundamentalmente desde la periferia, además de tener en cuenta evidentemente la cambiada situación internacional.

Si tomamos juntas estas dos reformulaciones de la teoría de la explotación, cuyas tesis centrales acabo de resumir muy apresuradamente, vemos que encajan perfectamente con el sentimiento generalizado de **globalidad** que acompaña a la crisis iniciada en 1973, y en la que todavía nos hallamos sumidos. Por doquier se insiste una y otra vez en este carácter de totalidad y de universalidad de la crisis.

Así, el segundo **Report** del **Club de Roma** subrayaba en 1974 que "toda la experiencia contemporánea apunta a la realidad palpable del surgimiento de un **sistema mundial**, en el más amplio sentido del término, que exige que toda acción encaminada a resolver los problemas principales, sea donde fuere, se emprenda dentro de un contexto **global** y dentro de una cooperación **mundial**" (20). **Interfuturos** insiste igualmente en "la escalada de la **interdependencia global**" (21). El **Annual Register of Political Economy** acentúa con dramatismo en el Prefacio a su volumen I de 1978: "no puede decirse que los males que experimenta el mundo se limiten exclusivamente a determinadas partes de la humanidad... La problemática afecta a todos... La sociedad, o bien tiene una salida **in toto** o parecerá **in toto**" (22). M. Bedjaoui, uno de los principales teóricos juristas del Nuevo Orden Económico Internacional, insiste en que "ha llegado ya el momento de percibir claramente la índole de la crisis mundial. La **pobreza** es alienadora pero también ha llegado a serlo la **abundancia**, hasta el punto de que estamos viviendo una crisis **general** de la sociedad. El nuevo or-

(18) D. Senghaas (ed.), *Peripherer Kapitalismus*, Frankfurt 1974, p. 18s.

(19) *Ibid.*, p. 203.

(20) M. Mesarovic, E. Pestel, *Mankind at the Turning Point*, New York 1974, pp. 31 y 205.

(21) *Interfuturos: De cara al futuro*, Instituto Nacional de Prospectiva, Madrid, 1980, p. 355 ss.

(22) *La crisis contemporánea*, Encuentro Ediciones, Madrid, 1978, p. 12.

(23) M. Bedjaoui, *Hacia un nuevo orden económico internacional*, Unesco, Ed. Sígueme, Salamanca, 1979, p. 61.

(24) Puede verse: Enrique M. Ureña, *El mito del cristianismo socialista (Crítica económica de una controversia ideológica)*, Madrid, Unión Editorial, 1981, capítulos III, IV, V.

den económico debe responder a ese desafío" (23). Textos como éstos se han multiplicado en los últimos años.

La pregunta es naturalmente la de cómo podemos responder a ese desafío. Y es aquí donde las nuevas reformulaciones de la teoría de la explotación aparecen en toda su enorme debilidad. Y ello precisamente **por sus planteamientos globalizantes**, que, al querer decirnos demasiado, no nos dicen apenas nada. Esta ha sido siempre, ya desde su mismo origen, la gran debilidad de la teoría marxista (24).

Es quizás por eso por lo que el nuevo empuje que experimentó el marxismo con la nueva crisis iniciada el 73, se haya ido desvaneciendo **durante la misma crisis**. Esta vez no ha sido necesario esperar al nuevo período de auge y prosperidad. Desde la segunda mitad de los años sesenta, y a pesar de haber pasado por un recrudescimiento de la crisis, hemos asistido a un doble fenómeno: a un desinflamiento del Eurocomunismo (25) y a una fuerte ofensiva teórica de la economía de mercado.

Las viejas figuras que representaron la crítica teórica más potente a la economía socialista en la ya clásica polémica de los años treinta, Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, han vuelto a renacer en un buen número de jóvenes economistas agrupados en gran parte alrededor de Milton Friedman. Conocidos como "chicaguianos", "monetaristas", "hayekianos" o "nuevos economistas" (26), constituyen hoy, en medio de la crisis contemporánea del capitalismo mundial y de la misma ciencia económica, el frente más compacto opuesto al espíritu económico marxista.

Si para quienes todavía siguen siendo marxistas la actual crisis del capitalismo evidencia la validez del pensamiento de Marx, para los nuevos economistas evidencia precisamente lo contrario. La Nueva Economía señala que una de las raíces más profundas de los males del capitalismo contemporáneo está en la influencia que han tenido las ideas marxistas tanto en la teoría como en la política económica de los países occidentales, al propiciar orientaciones intervencionistas y un crecimiento desmesurado del Estado (27). En todo caso, y en medio de la crisis mundial, el fortalecimiento de la economía de mercado frente a la alternativa socialista marxista es un hecho. Si Keynes no pudo enterrar a Marx (¿quizás por estar dentro de una misma corriente de pensamiento macroeconómico (28)?), será precisamente la actual crisis mundial y los nuevos economistas (29) quienes le entierren definitivamente? La historia tiene la palabra.

(25) Véase Enrique M. Ureña, "El significado histórico del Eurocomunismo", *Revista de Fomento Social* XXXIV (1979), pp. 417-428.

(26) Estas denominaciones se emplean más, respectivamente, en los Estados Unidos, Europa Occidental, Alemania y Francia. De una manera más general podría hablarse de *liberales*.

(27) Para una visión del conjunto véase: H. Lepage, *Mañana, el capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.

(28) Puede verse mi libro ya citado *El mito del cristianismo socialista*, capítulo III.

(29) Con esto no pretendo hacer un juicio sobre la postura neoliberal, cosa que exigiría un artículo por sí sola, sino únicamente acentuar que, en mi opinión, las soluciones a los problemas económicos y de injusticia social han de buscarse dentro de las coordenadas de una economía de mercado y no en la implantación de una economía socialista.